

LA TERCERA CRUZADA¹

Las elecciones celebradas en Gran Bretaña el 5 de mayo de 2005 concedieron una tercera victoria al Partido Laborista de Tony Blair, si bien con una mayoría parlamentaria mucho más reducida, únicamente un 35 por 100 de los votos, y con el respaldo de apenas una quinta parte del total del electorado, el porcentaje más bajo obtenido por cualquier partido en el gobierno de la historia europea reciente. «Cuando los regímenes se basan en el gobierno de una minoría pierden su legitimidad», éstas fueron las palabras de Blair a la audiencia congregada en el Chicago Economic Club en abril de 1999. En aquel entonces la antigua Yugoslavia continuaba bajo el mando de Slobodan Milošević y todavía estaba vigente el *apartheid* sudafricano, pero actualmente su advertencia podría ser aplicada a su propio régimen. En mayo de 2005 hubo más personas que se abstuvieron de votar de las que votaron a los laboristas. Era la indignación, y no la apatía, la causa primordial de la abstención.

El éxito del blairismo, celebrado ampliamente como una ocasión «histórica» en la que por primera vez un gobierno laborista gana tres veces consecutivas los comicios, podría ser descrito de modo más pertinente como la sexta victoria de un gobierno británico que actúa conforme a los principios del thatcherismo desde que Margaret Thatcher fuera elegida primera ministra en 1979. Anthony Seldon, en su exhaustivo estudio titulado *Blair* –la obra más amplia y más útil de toda una extensa batería de biografías del primer ministro publicadas en los últimos tiempos, en su mayor parte hagiográficas, aunque algunas son más críticas–, sostiene que «casi todo lo que Blair ha realizado por voluntad propia –en materia de educación, asistencia sanitaria, justicia e interior, así como respecto al conflicto de Irlanda del Norte– ha sido asimismo una prolongación de la política conservadora desarrollada entre 1979 y 1995». La acusación de Seldon resulta difícil de refutar, y la relativamente pobre actuación de Blair en las elecciones de 2005 se debe en buena medida a la desilusión experimentada por los votantes tradicionales del laborismo, que finalmente se han visto obligados a admitir que *su* partido ha sido capturado por los defensores de una ideología extraña a la suya.

¹ Anthony SELDON, *Blair*, Londres, Free Press, 2005.

El ardiente apoyo de Blair a la invasión ilegal de Iraq en 2003 por Estados Unidos, en la que desempeñó un destacado papel como aliado militar y como *cheerleader* político, consternó a un sector todavía más amplio del electorado británico y fue determinante para el recorte de su mayoría. No obstante, muchos defensores del Partido Laborista se sentían igualmente decepcionados por su programa en el frente doméstico y por su fracaso para producir una alternativa progresista a las políticas neoliberales instauradas por Margaret Thatcher y por John Major, sus predecesores conservadores inmediatos. En tanto que continuador de las medidas establecidas por ambos políticos dirigidas a sentar una agenda neoliberal y a hacer recular las fronteras de las competencias exclusivas del Estado, Blair pasará a la historia como un deslustrado mimo político sin ningún otro logro salvo el de ocuparse de su propio legado.

Ninguno de los proyectos del Nuevo Laborismo era original. La política relativa a Irlanda del Norte que dio lugar al Acuerdo del Viernes Santo firmado en abril de 1998 era un sueño de John Major, como suyo era también el trabajo preparatorio. El proceso de descentralización que condujo a la creación de asambleas políticas en Escocia y en Gales era obra del esmerado trabajo de John Smith, el predecesor de Blair a la cabeza del Partido Laborista. La Iniciativa de Financiación Privada (IFP) –la introducción de empresas privadas en la prestación de la enseñanza y de la asistencia sanitaria en el sector público– fue uno de los diversos planes descabellados discutidos por vez primera en los años de Thatcher. Las City Academies², el mantenimiento de las Grammar Schools³ y el establecimiento de tasas de matrícula adicionales para ayudar en la financiación de las universidades eran en su totalidad propuestas conservadoras. Únicamente el entusiasmo por la guerra, la estrategia de volver a forjar la alianza anglo-estadounidense y la resurrección de la ambición imperial pueden atribuirse a la iniciativa de Blair.

La principal queja que se formula en el libro de Anthony Seldon es la relativa a la ausencia de un pensamiento original en Blair. Seldon es un historiador distinguido y talentoso que en su trabajo no deja de velar por los intereses conservadores. Director de un colegio privado británico, el Brighton College, y muy pronto al frente de otro, el Wellington College, él fue el fundador junto a Peter Hennessy del Instituto de Historia Británica Contemporánea. Asimismo, es autor de una pequeña colección de libros, en

² Las City Academies [Academias Urbanas] son escuelas financiadas por el Estado, de enseñanza gratuita, pero patrocinadas por organizaciones benéficas, iglesias o empresas. Según el programa de Blair, el objetivo es que estas entidades se hagan cargo de colegios públicos que presentan especiales dificultades, de modo que tales entidades patrocinadoras gestionan con autonomía centros financiados y pertenecientes al sector público. [N. de la T.]

³ Aparte de las City Academies, otro tipo de centro de enseñanza secundaria está constituido por las Grammar Schools, de carácter público pero concebidas para acoger a la elite intelectual del país desde los 11 años. Se ubican en las zonas más ricas de las ciudades y para ingresar en las mismas es necesario superar una serie de difíciles pruebas. [N. de la T.]

la que varios títulos están dedicados a los primeros ministros británicos más recientes. Su prolija biografía de Blair, aunque proporciona leves claves cronológicas, es esencialmente temática y se divide en veinte capítulos acerca de las diversas tragedias de la era Blair y en veinte más sobre los individuos más estrechamente ligados al primer ministro. Entre los últimos se encuentran algunos miembros de su círculo de consejeros extraoficial –Peter Mandelson, Alastair Campbell, Jonathan Powell y Anji Hunter–, así como figuras de más allá de las fronteras de su país, como Clinton y Bush.

Seldon da muestras de una abrumadora capacidad de trabajo, y su libro nos brinda una gran cantidad de material extraído tanto de entrevistas privadas como de recortes de prensa. Sin embargo, nos hallamos ante un análisis esencialmente británico y estadounidense en el que los aliados británicos en Europa reciben una escasa atención; una omisión notable que no deja de ser comprensible. A pesar de que en un inicio se sintió atraído por la figura de Blair, todo indica que Seldon ha perdido su afecto hacia su proyecto (o hacia la falta del mismo) y el libro refleja su propia desilusión. Aparentemente, Blair se reveló algo menos interesante, y relevante, para la historia británica de lo que Seldon había imaginado.

Las esperanzas de que Blair pudiera haber encabezado un gobierno auténticamente radical, capaz de igualar los logros de las grandes administraciones reformistas de las décadas de 1960 y de 1945, nunca fueron muy ricas ni siquiera en sus mejores momentos, pero tras ocho años en el cargo poco hay que pueda merecer la atención de los libros de historia. Cuando Blair tomó el poder en 1997, ante él se extendía una hoja en blanco que se demostró incapaz de rellenar. En el ámbito de la política doméstica no tenía ningún proyecto significativo y el Partido Laborista de la década de 1990 carecía de cualquier idea propia. Después de 18 años de encarnizadas disputas y de divisiones internas, los laboristas sentían pavor hacia todo lo que oliera a una alternativa real al programa conservador. La promesa de mantener el gasto público a los mismos niveles que los *tories* durante los dos primeros años de su mandato era un indicativo de su gran falta de nervio. En materia de política exterior, el lamentable récord de Blair en políticas que van directamente en contra de los intereses generales de Gran Bretaña le coloca a la altura de Neville Chamberlain y de Anthony Eden, aunque a veces parece creerse el paladín de las ideas de William Gladstone, el gran imperialista liberal decimonónico. A medida que la ocupación de Iraq ha ido degenerando en una situación de violencia y de caos crecientes, «Iraq» ha venido a unirse a «Munich» y a «Suez» en el léxico de los desastres de la política exterior británica.

Las declaraciones efectuadas por Blair antes de la celebración de las últimas elecciones en las que anunciaba su retirada en el curso de la actual legislatura, probablemente en 2007, han llevado a muchos analistas a preparar su obituario político en un intento de explicar cómo un político tan ampliamente bienvenido como el comienzo de una nueva era en 1997, se

ha convertido en alguien tan impopular y en un estorbo tan notable para su propio partido a finales de 2005. Los muchos biógrafos de Blair han incidido en el estudio de su trayectoria vital para revelar la figura de un abogado gris y esencialmente convencional, con pocas aptitudes para la gestión, con escasas habilidades para las relaciones interpersonales, con una profunda ignorancia del mundo que le rodea, y que frecuentemente alega sus creencias religiosas para sustituir el pensamiento racional. Aquí reside una de sus dos características más inusuales. Pero Blair no es un hombre religioso corriente, sino que en opinión de la gran mayoría de los analistas es un «creyente excéntrico», un seguidor de la «New Age», un hombre que obedece a sus propias voces interiores y que presta poca atención a las autoridades eclesiásticas. El principal arzobispo católico británico tuvo que reprenderle por tomar la comunión católica cuando nominalmente él es protestante y, a su vez, el primer arzobispo protestante también tuvo que amonestarle por acercarse demasiado a Roma. Además, ignoró sostenidamente las advertencias contra la invasión de Iraq realizadas tanto por el Papa como por el arzobispo de la Iglesia anglicana; ambos abiertamente hostiles a la guerra.

El hecho de ser un primer ministro declaradamente religioso convierte a Blair en una anomalía respecto a la mayor parte de su país, que, al igual que la mayoría de la población europea, en los últimos años se ha inclinado progresivamente hacia el laicismo. Su fervor religioso –se confirmó en la comunión anglicana siendo adulto, en sus años de estudiante en Oxford, lo que en sí mismo ya es algo bastante inusual– es un fenómeno relativamente inusitado en la Gran Bretaña contemporánea. De hecho, hay ocasiones en las que Blair, que al parecer ha leído atentamente el Corán tres veces, da muestras de sintonizar mejor con el despertar religioso musulmán experimentado por parte del electorado británico, que con el estilo secular propio de la Iglesia de Inglaterra. Naturalmente, no le gusta que le equiparen a los fundamentalistas religiosos de derechas que abundan en Estados Unidos, pero, al igual que muchos de ellos, Blair es un verdadero «amigo de Israel», país que había visitado en dos ocasiones antes de convertirse en primer ministro. Este apoyo, así como su conocimiento de Israel, han estado guiados durante un dilatado periodo por Lord Levy, un millonario de la industria musical que se convirtió en la pareja de Blair en el tenis, en el máximo responsable de captación de fondos del Partido Laborista y, durante un tiempo, en los ojos y en los oídos del primer ministro en Oriente Próximo.

La segunda característica inusual de Blair descansa en sus dotes de actor. En Fettes, la escuela privada escocesa a la que asistió durante la década de 1960, así como en St. Johns's College, en Oxford, donde sus calificaciones no rebasaban las de un mediocre estudiante de Derecho, el futuro primer ministro se reveló como un consumado histrión, apareciendo tanto en representaciones de los clásicos como en revistas de comedia o liderando una banda de música. Su capacidad para actuar y para escenificar un papel determinado, para ajustarse al guión y para desobedecerlo en fun-

ción de las circunstancias, se ha convertido en el sello personal de su carrera política y lo que le hace comparable sólo a Harold MacMillan, considerado el último gran *showman* al frente del gobierno británico.

Actualmente todavía queda por saber, y esto es algo que ninguna de las biografías de Blair explica de manera adecuada, cómo es posible que el Partido Laborista permitiera convertirse en su líder a este disidente de derechas, a un hombre que llegó a ser un íntimo amigo y aliado político no sólo de republicanos neoconservadores como George W. Bush, sino también del español José María Aznar o del italiano Silvio Berlusconi, representantes de la derecha europea más inapelablemente rancia. Blair no es Ramsey MacDonald, el traidor laborista de la década de 1930 que fue seducido por ricos y por famosos. Él es, y claramente siempre lo ha sido, un *tory* de la peor laya, mucho más a la derecha que recientes líderes conservadores como John Major o William Hague, defensores de One Nation Tory, que en comparación parecen cándidas almas. Entonces, pues, ¿por qué el Partido Laborista se dejó engatusar por Blair? Por supuesto, en parte se debió a su encanto a primera vista y a su labia. Ante una competencia insignificante en un plazo bastante corto pudo abrirse camino a la primera línea del partido antes de que nadie hubiera tenido tiempo de penetrar bajo el barniz de competencia y de neutralidad política que exhibía. Tras la defenestración del inservible Neil Kinnock, y ante la muerte del apesadumbrado John Smith y la ausencia de instinto asesino en el pusilánime Gordon Brown, la figura desaborida de Blair, joven y simplista, se vio como el único as disponible.

Su veloz ascenso hasta la cumbre constituía un indicador de la capacidad del Partido Laborista para atraer miembros hacia sus filas a lo largo de los treinta años anteriores. Posiblemente Tony Blair no fuera gran cosa, pero era todo lo que había, tal como algunas personas reconocieron en su momento. Desde la década de 1960, la gente inteligente y ambiciosa de Gran Bretaña abandonó el intento de labrarse un camino a través de los grandes partidos políticos. Muchas de esas personas escogieron, en cambio, el mundo más turbio y más lucrativo a corto plazo de la industria cultural y mediática. Una carrera honorable al servicio del gobierno como político electo o como burócrata mal remunerado no era muy atrayente para la elite británica de finales del siglo xx. El electorado ha tomado nota de esta deserción.

El Partido Laborista que eligió como líder a Tony Blair en 1994, así como el Nuevo Partido Laborista que fue presentado a los votantes en 1997, no era ni la sombra del histórico Partido Laborista de Clement Attlee y de Harold Wilson. La institución progresista en la que los intelectuales de clase media una vez se codeaban con la clase obrera en los órganos del partido, tanto estatales como locales, era cosa del pasado. Los miembros del gabinete de Blair difícilmente podían reunir entre todos una sola matrícula de honor en su licenciatura, a la vez que las diezmadas bases del propio laborismo apenas estaban representadas en sus órganos de decisión.

El Nuevo Laborismo era un partido burgués que se había despojado de sus vínculos con la clase obrera y que había perdido su nervio intelectual. Su tarea ahora era representar los intereses de la lustrosa clase media levantada durante los años de Thatcher tomando el relevo al thatcherismo y dando a la vez un rostro más humano a las políticas neoliberales. Es posible que algunos seguidores del Partido Laborista consideraran a Blair un intruso, pero casi todo el mundo pensó que él podría decir lo que había que decir y hacer lo que había que hacer, y mejor que la mayoría.

Al igual que otros primeros ministros anteriores a él, a Blair pronto le resultó relativamente fácil cobrar cierto protagonismo en la escena internacional. Desde hace mucho tiempo el sistema de gobierno británico adolece de un problema estructural que fomenta que los ministros que asumen los asuntos domésticos manejen sus propios asuntos, dejando pocas oportunidades al primer ministro de influir en la agenda doméstica. Muchos primeros ministros, que llevan también el título de primer Lord del Tesoro, han tratado de intervenir en los asuntos económicos, usurpando las funciones del ministro de Hacienda [*Chancellor of the Exchequer*]; pero esto no era posible en el caso de Blair, ya que Gordon Brown, su rival más insinuado y experimentado, ocupaba el puesto.

La única posibilidad para Blair de ganar relumbre era encargarse él mismo de los asuntos exteriores, cartera que había llevado primero Robin Cook y más tarde Jack Straw. Cook fue muy maltratado por la camarilla de asesores de Blair en la materia, pero no tenía amigos en el gabinete a los que quejarse. Perdió el Ministerio en 2001 porque, según varias fuentes, no había conseguido entenderse con el vicepresidente estadounidense, el neoconservador Dick Cheney. Finalmente dimitió del gobierno el 17 de marzo de 2003 a causa de la guerra de Iraq; Blair y sus amigos estadounidenses se sintieron felices al verlo partir. Jack Straw, el sustituto de Cook, era menos docto en asuntos exteriores y más manejable; permanecía dócilmente en el Foreign Office mientras Blair se dedicaba a la política exterior, resucitando la máquina de guerra imperial británica y ofreciendo como cobertura una retórica pasada de moda. Con su estilo de hombre de acción, Blair llegó incluso a acusar a John Major de haber «promovido la mayor reducción de nuestra capacidad militar desde la guerra».

En 1997 poca gente imaginaba que el conservadurismo de Blair arrastraría a Gran Bretaña hasta los días del Imperio, con nuevas guerras de conquista y nuevas formas de dominio colonial en alianza con la única superpotencia remanente. Nadie habría adivinado entonces que se enviaría a un virrey británico para gobernar Bosnia, que generales británicos controlarían zonas de Sierra Leona e Iraq, o que se nombraría a funcionarios británicos para colaborar en la administración de Kosovo y Afganistán. Así pues, ¿de dónde venía ese nuevo entusiasmo por el imperio? Ni siquiera la biografía de Seldon ofrece una respuesta a este enigma, ni se plantea la cuestión. Thatcher nunca mostró ningún interés por asumir la carga del hombre blanco, y la preocupación conservadora por el imperio a finales

del siglo xx se limitaba en gran medida a expresiones de empatía nostálgica hacia los colonos blancos del sur de África. Sólo algunos universitarios y editores sintonizaban la misma longitud de onda que Blair, mientras historiadores de derechas como Niall Ferguson y Andrew Roberts juzgaban que había llegado el momento de insistir en los aspectos benevolentes del imperio.

Los biógrafos de Blair suelen señalar la escasa familiaridad del nuevo primer ministro con los asuntos internacionales y el hecho de que rara vez se había expresado sobre ellos cuando estaba en la oposición, pero no explican su metamorfosis en hombre de Estado mundial y filósofo de las relaciones internacionales. Cuando estaba a punto de convertirse en primer ministro recibió algún cursillo de mandarines del Foreign Office recientemente jubilados, pero éstos se habían ocupado más de los detalles de los problemas particulares de Gran Bretaña en Bruselas o en las Naciones Unidas que de una eventual reformulación del papel de Gran Bretaña en el mundo. El invento, poco creíble, de una política exterior «ética» por parte de Robin Cook, enunciado durante la primera semana en el poder en mayo de 1997 y rápidamente olvidado, se consideraba como su propio espectáculo telonero, dirigido desde el Foreign Office.

Pero las señales de la megalomanía imperial de Blair y su camarilla de asesores eran detectables, para quien tuviera ojos en la cara, desde el mismo día de su elección. Tras recibir la invitación oficial de la reina para asumir las riendas del gobierno, fue conducido desde Buckingham Palace hasta el 10 de Downing Street, y allí, en una ceremonia nueva e inventada, fue saludado por cientos de seguidores que agitaban la Union Jack. El Nuevo Laborismo y su primer ministro –ése era el mensaje– se envolverían en la bandera nacional roja, blanca y azul, el símbolo históricamente más evocador del pasado imperial de Gran Bretaña.

No se podría haber exhibido una imagen más poderosa de las intenciones del gobierno. En circunstancias normales, los británicos no «manifiestan» su patriotismo en público, ni enarbolan su tricolor en cualquier plaza o desde cualquier balcón. Los niños pueden verse obligados a saludar una visita de la reina o de algún dignatario extranjero y los infrecuentes aniversarios reales pueden dar lugar a una exhibición fastuosa, pero los políticos raramente se envuelven en los colores nacionales. Con su complejo heredado de innata superioridad, los británicos nunca han sentido la necesidad de felicitarse públicamente por su suerte de ser una nación importante. Los conservadores pueden mostrar a veces la bandera de la Unión en sus comités locales, pero se entiende más como un elemento del mobiliario que como una manifestación política significativa. Los laboristas, por otra parte, aunque a menudo recurren a sus profundas reservas de patriotismo, en particular en lo que fueron en otro tiempo las legiones de la clase obrera organizada, nunca han sido muy explícitos en el uso de los iconos nacionales. Aquella celebración de mayo de 1997 marcó un gran cambio en la imagen pública del partido y de su líder.

Al concluir un siglo que había visto al Imperio británico expandirse hasta sus últimos límites –las fronteras septentrionales de Iraq al final de la Primera Guerra Mundial– y luego desinflarse rápidamente con los gobiernos conservadores durante la década de 1960, los laboristas –tradicionalmente los menos imperialistas de todos los partidos políticos británicos– dejaron claro su plan de retomar un proyecto imperial en la nueva situación posterior a la Guerra Fría. Cuando se sucedieron una tras otra las guerras ilegales de Blair en los años subsiguientes, nadie pudo quejarse de que no se le hubiera avisado. En su excelente libro titulado *Blair's Wars* –han sido cinco en seis años– John Kampfner señala que Blair pronunció un discurso muy especial durante la campaña electoral de 1997, en la Sala Bridgewater de Manchester, en el que insistió en sus inclinaciones nacionalistas: «Soy un patriota británico y estoy orgulloso de serlo. Amo a mi país, y siempre pondré en primer lugar sus intereses. La Gran Bretaña que contemplo [...] es una Gran Bretaña confiada en su lugar en el mundo, segura de sí misma, capaz de negociar con el mundo y de proporcionarle liderazgo». Este discurso tan poco laborista, redactado por su asesor en asuntos exteriores Jonathan Powell, incluía la frase «estoy orgulloso del Imperio británico», aunque ésta se retiró en el último instante.

La creencia de Blair de que Gran Bretaña tenía de nuevo un papel significativo en el mundo, y su sentido mesiánico de su propia importancia en la activación de ese papel, fue expuesta por primera vez a una audiencia extranjera dos años después, en la conferencia que pronunció en el Chicago Economic Club en abril de 1999. Se trataba de un texto clave, tanto que sus consejeros pensaron que había sido indebidamente pasado por alto –en parte porque tuvo lugar en lo más oscuro de la noche para el público británico–, así que fue prácticamente repetido tal cual en la conferencia del Partido Laborista en Brighton en octubre de 2001, tras el ataque contra el World Trade Center. Sus asesores pensaron que «una declaración puesta al día prepararía el terreno para lo que estaba a punto de suceder en Afganistán y posiblemente después».

En Chicago, Blair anunció «las primicias de una nueva doctrina sobre la comunidad internacional» mientras se producía la agresión de la OTAN contra Serbia durante la campaña de Kosovo. La frase era típicamente blairiana, pomposa y vacua, pero estaba destinada a señalar el comienzo de una nueva era imperial en la que esperaba que Estados Unidos y Europa participaran conjuntamente. El discurso no había sido escrito por el propio Blair, sino por Lawrence Freedman, profesor de Estudios Bélicos en el King's College de Londres y aficionado a la política internacional, que llevaba muchos años a la espera de un puesto ministerial. La frase «comunidad internacional», no obstante, sí era de Blair; la había meditado durante el viaje en avión.

Blair también se lanzó a sus propias y extraviadas exploraciones históricas. Habló a su audiencia de los terribles acontecimientos que tenían lugar al otro lado del Atlántico: «En Europa están sucediendo cosas indeci-

bles. Han reaparecido crímenes horribles que nunca pensamos que volveríamos a ver de nuevo: limpieza étnica, violaciones sistemáticas, asesinatos en masa». Hablaba del gobierno de Milošević en Serbia, pero no explicó que gran parte del horror que se vivía en los Balcanes en aquel momento concreto –la destrucción de ciudades y puentes y la huida de cientos de miles de refugiados– había sido provocado menos por el ejército de Milošević que por la campaña de bombardeos de la OTAN que el propio Blair había instigado. Volvió sobre los viejos argumentos acerca del apaciguamiento que tan buena acogida habían tenido en Estados Unidos durante años, desde la publicación en 1940 del libro juvenil de John F. Kennedy *When England Slept*. Prosiguiendo su exposición histórica, Blair explicó lo que entendía como su moraleja: «Durante este siglo hemos aprendido dos veces que el apaciguamiento no funciona. Si dejamos que un dictador maligno actúe sin respuesta, tendremos que derramar infinitamente más sangre y fondos para ponerle freno más tarde».

Estas afirmaciones de Blair, aparentemente inocuas, merecen cierta exégesis: ¿«Dos veces»? ¿Así que el *Kaiser* se benefició del apaciguamiento en 1914, como lo hizo Hitler en 1939? ¿Y qué significa esa alusión a «sangre y fondos»? ¿Qué extraño tipo de retórica churchilliana estaba empleando el actor Blair para condenar a un pequeño señor de la guerra en los confines del Este de Europa? Blair prosiguió pidiendo «un nuevo Plan Marshall» para los Balcanes, evocando el recuerdo de los préstamos condicionales estadounidenses a Europa a principios de la Guerra Fría, muy consciente de que Gran Bretaña no podía permitirse por sí sola la creación de un nuevo imperio. Las operaciones británicas en los Balcanes no fueron baratas, como reveló Jack Straw en marzo de 2002 a la audiencia reunida en el Foreign Policy Centre: «Poner orden en Bosnia le costará al contribuyente británico más de 1.500 millones de libras, y en Kosovo otros 200 millones». Gran Bretaña necesitaba «sangre y fondos» –tropas y dinero– de Estados Unidos si quería ganar la guerra en Kosovo y para proseguir la resurrección imperial proyectada. Esto era algo que el presidente Clinton estaba poco dispuesto a proporcionar, y hasta la era de George W. Bush y el 11 de Septiembre no empezaron los estadounidenses a prestar atención al mensaje imperial de Blair.

En su discurso de Chicago, Blair lanzó un ultimátum no negociable en cinco puntos a Serbia, que recordaba el del emperador Francisco José al mismo país ochenta y cinco años antes: cese de las hostilidades; retirada de la región en disputa; despliegue de una fuerza militar internacional; regreso de los refugiados y acceso irrestricto para la ayuda humanitaria; y el establecimiento de un marco político impuesto desde el exterior. Ésta se iba a convertir en la pauta para las futuras intervenciones imperiales en Sierra Leona, Afganistán e Iraq. También expuso cinco consideraciones que debían gobernar la ejecutoria de ese nuevo imperialismo intervencionista. Los agresores imperiales del futuro debían estar seguros de la justicia de su causa; agotar las opciones diplomáticas; asegurar que las operaciones militares eran sensatas y prudentes; planificar a largo plazo; y demostrar que estaban en juego sus intereses nacionales.

Al cabo de dos años, cuando el 11 de Septiembre proporcionó una excusa para aplicar ese programa intervencionista y hacer prosélitos en su favor, Blair se mostró cada vez más confiado y más escandaloso en su interpretación de la historia. En marzo de 2004 habló en su distrito de Sedgfield sobre la evolución de su pensamiento: «Antes del 11 de Septiembre ya andaba buscando una filosofía *[sic]* de las relaciones internacionales distinta de la tradicional que ha prevalecido desde el tratado de Westfalia en 1648». Ese tratado, según informó Blair amablemente a los buenos ciudadanos de Sedgfield, había establecido la doctrina de la no intervención en los asuntos de otros Estados, una estrategia básica que había vertebrado la política exterior británica durante más de trescientos cincuenta años. Ahora había llegado el momento de olvidarse de él y reordenar el mundo. El 11 de Septiembre era un llamamiento para salir de la somnolencia, y Blair era el único hombre disponible para responder a su mensaje.

Se suele caracterizar equivocadamente a Blair como perrillo faldero de George W. Bush, pero en realidad se ha convertido en un político con un programa propio que trata de utilizar el poder de Estados Unidos para ponerlo en práctica. Durante la Segunda Guerra Mundial, en lo que era todavía la era de Franklin D. Roosevelt, la retórica estadounidense era hostil a los imperios europeos, y la contención del dinero estadounidense en el periodo de postguerra fue decisiva para acelerar su colapso. La intención de Blair es revertir esa política y persuadir a Estados Unidos de que utilice su «sangre y fondos» para restaurar los viejos imperios de una forma adecuada a la era de la globalización. Su Comisión para África y la neoimperialista Nueva Asociación para el Desarrollo de África (New Partnership for Africa's Development, NEPAD), están destinados a reintroducir estrategias de control colonial con el apoyo estadounidense.

Se trata, por supuesto, de una quimera. El reloj de la historia no puede dar marcha atrás de esa forma; no se pueden recuperar ni reconstruir los viejos imperios. A los ciudadanos de la «vieja» Europa no les entusiasma la guerra, y Estados Unidos –si se atiende a su historial– sigue siendo aislacionista en el fondo de su corazón. Blair puede tratar de obtener fama como profesor de relaciones internacionales, y quizá se podría encontrar para él un retiro conveniente en el Royal Institute of International Affairs, pero en el puesto que desempeña resulta seriamente deficiente. Pocos primeros ministros británicos han estado tan escasa e inadecuadamente preparados para el gobierno, y pocos han sido tan arrogantemente inconscientes de sus deficiencias.

La tragedia británica es que haya que decir lo mismo de sus colegas ministeriales, que durante cerca de dos décadas sólo se han ejercitado en una mezquina política de oposición y en las sectarias luchas internas que se produjeron durante ese periodo. Su incapacidad para evitar la atollada entrada en la guerra contra Iraq en 2003 y para oponerse a los enloquecidos llamamientos de Blair a precipitarse al abismo, ha llevado a

uno de los mayores fracasos del gobierno en la historia reciente. No sólo el primer ministro, sino todo su gabinete, sus subsecretarios, los miembros del Parlamento, la burocracia gubernamental, los servicios de seguridad y el llamado «servicio exterior en Rolls-Royce» son responsables de ese descalabro. Toda la elite gubernamental británica ha demostrado su incapacidad. Parte de ella se apresuró a lavarse las manos después, pero la mayoría fue cómplice en aquel momento. El puñado de honorables dimisiones estuvo muy lejos de equilibrar la balanza frente a la política gubernamental. El legado de ese fracaso abismal será de larga duración, y sólo el paso de los años y el surgimiento de una nueva generación puede posibilitar la recuperación de la humillación nacional provocada por la guerra de Blair en 2003.

Cuando se produzca esa recuperación, si es que se produce, la reconstrucción tendrá lugar en circunstancias distintas y sobre las cenizas de los viejos partidos políticos; las instituciones del sistema vigente no han sabido representar a la población. A los historiadores del futuro les preocupará qué es lo que causó el colapso del antiguo régimen, pero hasta los observadores actuales pueden detectar el perfil de las cuadernas podridas en el corazón de esos partidos históricos. Thatcher dejó al Partido Conservador imposibilitado para recuperar el poder, y Blair ha destruido el Partido Laborista. Conservadores, laboristas y liberaldemócratas han seguido proclamando de boquilla sus antiguas creencias tribales, pero los votantes no recuerdan la letra ni la música de sus canciones. Éste es el legado de un desastroso cuarto de siglo en la vida política, dominado por la agenda neoliberal de Thatcher y las guerras neoimperialistas de Tony Blair.